Carta a su Santidad León XIV

Bogotá, mayo 12 de 2025

Secretaría de Su Santidad, Papa León XIV
00120 Ciudad del Vaticano

Querido Santo Padre:

Luego de la partida del Papa Francisco, ese gran profeta del siglo XXI que nos marcó para siempre y con el gozo por su elección como Sumo pontífice, quiero enviarle estas líneas sin mucha esperanza de que alguien se las entregue. De todos modos, quiero expresarle lo que muchos quisiéramos ver en esta etapa de la iglesia bajo su conducción.

Al estilo de Jesús, pobre al nacer y desnudo al morir y que nunca tuvo nada, ni siquiera una piedra en donde reclinar la cabeza, queremos una jerarquía eclesiástica sin riqueza, lujos ni pompas. Que sirva a los más pobres, como lo ha hecho usted metido en el barro y sirviendo alimentos a los afectados por los desastres. Queremos ver a los jerarcas defendiendo a los humildes, a los migrantes. Porque siguen a Jesús, queremos ver a los clérigos viviendo y exigiendo a todos solidaridad real, compartir los bienes de la tierra y de la inteligencia.

Me queda difícil entender y aceptar tantas reverencias, honores y boato, tanto incienso a los jerarcas en las ceremonias vaticanas y también en las que presiden los obispos. Me gusta la Eucaristía celebrada en el barrio, con sacerdotes sencillos que comunican de manera directa y clara los valores evangélicos. No comprendemos el latín de los cantos gregorianos y de grandes corales y la gente común y corriente no puede cantarlos. Por eso, preferimos una guitarra para cantar con la gente que alaba a Dios. ¿Será posible lograr más sencillez en las ceremonias?

Jesucristo vino a traer la paz. En nombre del cristianismo se cometieron barbaridades como las

cruzadas y la inquisición. Queremos ver a los jerarcas luchando por la paz, llenos de misericordia y defendiendo la justicia.Como lo afirmó el Papa Francisco, no hay ninguna guerra justa. Queremos que usted siga insistiendo con autoridad y firmeza en que la paz es posible. Cumplir con el “Amaos los unos a los otros” es muy fácil cuando somos amigos. Pero “amar a los enemigos y hacer el bien a los que nos aborrecen” es muy difícil. Exige pedir perdón y perdonar. Ninguna violencia se justifica y, menos, en nombre del evangelio. Lo necesitamos como el guía que nos impulse a reconciliarnos entre nosotros y también con la naturaleza a la que estamos destruyendo.

En este mundo tan inequitativo nos alegra que usted siga insistiendo en que debemos acoger al peregrino. Clama al cielo ver el rechazo mundial a los migrantes que buscan una vida digna y que no tienen futuro en sus territorios. Es increíble cómo se siguen construyendo muros en lugar de puentes. Si somos hijos de Dios, hechos a imagen y semejanza de él, ¿cómo negar que un migrante es mi hermano? Aunque no tenga papeles.

Creemos y aceptamos que María es madre de Dios y madre de la iglesia**.** María dio a luz al Señor, lo acompañó en los momentos cumbres de su vida y estuvo de pie junto a él en la cruz. María es y ha sido inspiración y ejemplo para muchas mujeres valiosas, estudiosas, llenas de cualidades y capacidades, dispuestas a servir en la Iglesia. En el evangelio vemos cómo mujeres como Martha y María, acompañaron a Jesús en su ministerio y predicación. Hoy lo necesitamos a usted para que la mujer tenga verdaderamente un lugar preponderante en nuestra iglesia. Hay grandes teólogas, misioneras, educadoras y líderes comunitarias convencidas de su fe, capaces y dispuestas a servir ministerialmente a los creyentes. A pesar de su entrega y de su servicio en lugares de misión, en comunidades alejadas y periféricas, las mujeres siguen relegadas y no pueden administrar los sacramentos.

Hoy, cada vez menos hombres ingresan a los seminarios y a las comunidades religiosas. Por eso necesitamos a muchas mujeres administrando los sacramentos y en la jerarquía de la iglesia. El Papa Francisco abrió la puerta para que ellas apoyen la administración y el gobierno de la curia romana. Le rogamos que continúe esta labor con sabiduría y firmeza para que la Iglesia sea, de verdad, madre y maestra. Los laicos bautizados somos también la iglesia y el Espíritu Santo vive en los bautizados. Pero aún los laicos somos enanos en la administración de la iglesia. Ella tiene que escuchar a los laicos, a la mujer laica, a las madres laicas.

Cristo es tajante al ordenar a sus discípulos que dejen a los niños acercarse a él, “porque de ellos es el Reino de los cielos” (Mateo, 19). Con toda claridad, Jesús sentencia que “al que escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor sería que le colgaran al cuello una piedra de molino de las que mueve un asno, y que se ahogara en lo profundo del mar” (Mateo 18:6). La pederastia y los crímenes contra los niños tienen que ser erradicados de la iglesia católica. Ese horrendo crimen es una afrenta a la dignidad de los seres humanos más débiles y debe ser denunciado y condenado por la iglesia y por las autoridades civiles. Por eso me atrevo a pedirle, Santo Padre, que jamás se vuelvan a ocultar pederastas y abusadores en el muy mal entendido “secreto pontificio” que en nada favorece la fe ni el honor de la iglesia. Los clérigos pederastas deben ser denunciados, condenados y castigados, también por las autoridades civiles. Le rogamos que mantenga las órdenes del Papa Francisco que condenan los crímenes contra los niños.

Finalmente, queremos pedirle que los jerarcas católicos salgan a la calle y, como decía el Papa Francisco, que tengan “olor a oveja” para dialogar y acoger de corazón a todos, también a los ateos y a los agnósticos y a quienes, desde la diversidad, desde cualquier tendencia y orientación, quieran vivir auténticamente la fe y el evangelio. Que **todos** sean incluidos. Que hagan ruido como iglesia “en salida”, metida entre la gente y sin encerrarse en oficinas y escritorios. Una iglesia que oriente los temas sociales y políticos, no como un partido político, pero sí exigiendo políticas justas, para que busquemos tener una sociedad de verdaderos hermanos.

Son muchas cosas, Santo Padre. Lo sé. Pero, en realidad, es una sola: que nuestra iglesia sea como Jesús, vivo, redentor, pobre, amoroso, misericordioso, dispuesto a amar hasta la muerte y único camino para llegar al Padre. Ojalá lo podamos saludar en Colombia donde tanta falta nos hace vivir como verdaderos cristianos.

Muchas gracias

Bernardo Nieto Sotomayor